

Caupolicán Montaldo

Luis Durand, el amigo



OBRE su obra, su dimensión de autor, su colorido de novelista, su técnica de escritor, mucho ya se ha hablado, y se hablará más, todavía, a través del concurso de ensayo que va a tratar de ello, y que interesa a todos los escritores del país.

Pero he aquí que yo —perdonadme el *ego*, por ser inevitable esta vez— lo recuerdo, lo admiré, le tuve mi gran afecto de hombre y de amigo, precisamente porque Luis Durand era, dentro de una personalidad que parecía tímida, muy hombre.

Amigo de verdad.

Y es con sincera emoción que escribo estas líneas, recordando cuando, a raíz de una grave enfermedad que me tuvo muy a mal traer, fui a convalecer a mi casa, tras unos amargos y crueles días de hospital.

Y el primer amigo que me visitó fué Luis Durand.

Entró, acomodó una silla. Y al indicarle que dejara a un lado su grueso bastón, dijo:

—Este vive conmigo. No lo suelto. Te vine a ver, pero no quiero lamentaciones. Hay que ser hombre. Si te quejas, palabra que te doy un garrotazo...

Ya esto me hizo reír. Imaginaba a Durand, incapaz de matar una mosca, haciendo papeles de matonería barata.

El hombre estaba en vena. Hizo numerosas observaciones, contó chistes, anécdotas, incluso se burlaba de él mismo, con el fin de que el buen humor se mantuviera.

—... fíjate lo que son las cosas. Cerré un ojo para apreciar mejor la línea de la muchacha. Pero ella desapareció de pronto. ¿Sabes lo que había pasado? Había cerrado mi ojo medio miope, dejando abierto el ojo de vidrio...

Fué una bella tarde aquella. Reí. Gocé como un niño ante los cuentos animados de Disney. Venía saliendo de un trance terrible. Días larguísimos y noches llenas de sombras y pesadillas. La sed devoradora que estrujaba la mente, pasaba piedra pómez por la garganta, llenaba de plumas la boca ansiosa, me había torturado al paroxismo. Aquello recién pasaba. Y ahora Luis Durand haciéndome reír con sus fantasías, sus mentiras piadosas, su amistosa palabra por encima de todo.

Pasó el tiempo. En otras actuaciones de su vida, pude apreciar más a fondo su sentido humano, el real valor que daba a la amistad, su inmenso corazón de hombre integralmente bueno, por capacidad de ser bueno.

Y el cuadro se dió vueltas.

Un día llegué a su casa a verlo. Tanto por mí mismo como por encargo de don Enrique, nuestro estimado rector, fuí a ver a Durand, enfermo.

Estaba mal. Se quejaba de fuertes dolencias. Entre quejas recordó:

—Yo te dije una vez que no era de hombre quejarse. Pero si tú vieras lo que me pasa. No puedo, y siempre me he creído muy hombre...

No pudo continuar. Lloró.

Era impresionante verlo así, sobre todo cuando me tendió la mano para decirme como en una confesión:

—Me voy a morir...

La verdad era que me costó deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. Luego dije palabras de aliento:

—Aquellos muchachos de Tomé. ¿Recuerdas? me han pedido que los vayas a ver otra vez, pero con más calma.

—Me voy a morir...

Tenía la intuición de que aquello era lo último. El mal le golpeaba por diversas partes, lo tenía vencido moralmente. No creía en su recuperación.

Me despedí, para ir a verlo al día siguiente al hospital de Carabineros. No lo vi más. No me permitieron la entrada. Estaba recién operado. Luego tuvo unos días de aparente subida en la salud, para derrumbarse, en seguida, sin remedio.

El amigo se fué. En Concepción lo estimábamos todos los que lo conocimos. La noticia nos golpeó rudamente. Durand, sus anteojos y su bastón, formarían la figura física del hombre. Su capacidad, su talento de escritor, su profundo sentido de la amistad, su percepción humana, son irreemplazables como parte de su intrínseca personalidad.

Y al recordarle, ahora, tan lejos, tan lejos, le agradezco más que nunca aquella visita, aquel optimismo que supo darme, aquella lección de comprensión humana que me dió una tarde Luis Durand, al amigo.